LA VICTORIA DE BAILEN.

LA VICTORIA DE BAILEN.

CANTO ÉPICO

POR

D. JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

MADRID: 1851.
IMPRENTA DE HIGINIO RENESES,
calle de Valverde, n.º 24.

A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

A tí es deudora
Toda péñola hispana de homenaje:
La mia te lo rinde.

Joaquin José Cervino.

AL LECTOR.

Paseando y entreteniendo el frio nos hallábamos varios conocidos de diferentes calibres una de las tardes de marzo del año de gracia 1850. La comodidad y el silencio del sitio, que era el del Buen Retiro, lleváronnos á departir sobre la convocatoria de la Real Academia Española, que el dia anterior habia estampado en el periódico oficial estas solemnes palabras: «Yo daré la medalla de oro á aquel de los poetas que en más de 500, y sin pasar de 800 versos, cante con mejor fortuna la gloriosa *victoria de Bailén.*

—«Si de fortuna se trata (dijo entre socarron y malicioso el ménos hablador de nuestros colegas), no suele ser la fortuna compañera del buen ingenio.» —«Ni el bueno ni el malo, replicó otro, hallarán sonoros acentos para cantar una batalla que pasó ántes de ayer, á que siguieron tantas derrotas, en que no hubo plan de antemano combinado, y que perdieron los más bizarros y hábiles generales del gigante de la Francia, cuyo nombre han de reverenciar, engrandecer y glorificar montescos y capeletes.» — «Pues es nonada (añadió un semibarbilampiño orondo y frescote) pretender trocar en oro puro el polvo, y humo, y descargas de aquella jornada durante la noche, y los mismos mismísimos ingredientes durante el dia, aunque puestos en redoma á un calor de 40 grados, si no es como el órgano de Móstoles el termómetro de M. Thiers. ¿Y qué me dirán ustedes de los ásperos y antipoéticos nombres que por aventura llevaron todos los adalides de aquella faccion, españoles y franceses? ¿Y la prosa del fusil, y de la casaca, y del sombrero de tres picos, y de la gorra de pelo, adminículos soldadescos de 1808?»—

Uno de los oyentes, alto, cegato, cejijunto y carifruncido, repechó el montante, y resolvió que en eso mismo estaba precisamente el huevo de Juanelo: que el asunto era bueno y dignas de vencer sus dificultades, sin igual el entusiasmo de nuestros paisanos, manifiesto el favor del cielo, fecundísimas las hazañas, brillantes los laureles, y opimos los frutos que se cogieron de aquella victoria: y ponderó la justicia de que le alzara la hispana Clio eterno monumento que grabasen en la memoria los niños, alentase á los mozos, y recordasen con gusto los ancianos. Aprestábase el mas erudito de nuestros compañeros á hacernos atildada disertacion sobre las ventajas de un asunto griego, romano, moris-

co ú escandinavo, cuando le interrumpió un quidam de en otro tiempo rubias melenas, diciendo con sonora voz y ademan modesto : — «Yo no pienso escribir por ahora ; mas si andando los dias viniese en tentacion de hacerlo, habia de ser lo bastante atrevido para arrostrar todas esas dificultades : á Napoleon le compararia con el águila, cuando en magestuoso vuelo se enseñorea sobre la Europa ; pero cuando astuto y solapado depone el valor generoso, y usa de pérfidas artes, no vacilaré en llamarle *vulpeja.....»* —

— «¡Hui! (interrumpió sin ser poderoso para otra cosa, entre los del corro, un académico señalado). ¡Blasfemia! blasfemia. Su propia sentencia ha dictado usted irrevocablemente. Con lo que ha dicho tiene bastante, aunque luego no lo diga, y si lo dice lo borre, y lo enmiende, y lo corrija dos, tres y veinte veces, como lo hacen, han hecho y harán muchos, para no soñar ni en el *premio*, ni en el *accéssit*, ni aun en la honra de que se lea su composicion en la Academia, *á no ser por un solo voto*, y ese no el mio, como usted conocerá desde ahora, y luego, y despues, y siempre *in saecula saeculorum.»* —

— «Amen (repuso con frialdad el jóven interrumpido tan pontificalmente por el Aristarco purista): tendré paciencia. Ni será la primera vez que me suceda un percance en pleitos de esta cuantía. Soy tan desgraciado, ó mejor, tan bonachon, que si llego á escribir, estaréme luego mano sobre mano sin minar la tierra, sin decir á ninguno de los jueces *esta boca es mia*, en el laudo, ántes del laudo, ni despues del laudo; y así ninguno comparará mis borrones á las liras de Herrera, ni querrá hacerme con el premio del certámen una manda de su testamento literario. No se atosigue usted, pues, señor mio de toda mi consideracion ; que yo no quiero

mas padrino, no habiendo de casarme, sino mi pluma, y salga lo que saliere. Y anudando el roto hilo de esta mi narrativa, añado que trataré al Capitan del siglo como lo han tratado los mismos historiadores franceses, el propio M. Thiers. ¿Qué más pueden exigir del hijo de un español que combatió en Bailén, los mas ciegos admiradores del héroe de Austerlitz y de Santa Elena?

» De sus generales diré que fueron valientes y entendidos, sus tropas las mas disciplinadas y aguerridas, sus trenes perfectos é irresistibles; y frente por frente les pondré capitanes de oscura fama, improvisos escuadrones, pueblo inmílite, tropel de labriegos, confusa multitud de negociantes, magistrados, próceres y religiosos. Bosquejaré mi cuadro dando á mi péñola el brio del patriotismo verdadero, y acalorando mi mente con la pura fé de mis mayores: á Dios gracias, ni la fé ni el patriotismo ha perdido mi corazon en medio del glacial, calculista y antipoético egoismo que nos rodea. Pienso, otrosí, estampar en mi cuadro la batalla con todos sus incidentes y peripecias; y allá en lontananza y hácia la parte superior, haré porque se vea la mano de la Providencia divina, siempre en favor de la lealtad y nobleza de aquende, contra el amaño y la tiranía de allende el Pirineo, en la época de que se habla por supuesto.

» Iréme al alma del negocio derecho cual una bala: asi lo han practicado los maestros. Un pintor vulgar que hubiese acudido, por egemplo, á un certámen, disputando la palma de representar en el lienzo la rendicion de Bredá, ¿cómo hubiera perdonado el ignífero plaustro de Mavorte entoldado por trilingües silvadoras flechas que se despuntan en la égida de Belona, la cual recorre el campo armada de lanza trisulca, y seguida de la Discordia con serpentinos cabellos, y de una descomunal mesnada de furias haciendo gestos y visajes

espantosos? ¿Cómo olvidar en los aires su angelote de retablo, cariredondo y mofletudo, afeando el rostro al soplar con fuerza la trompa de la fama? Solo en penumbra y en último término habria indicado la ciudad y algunas figuritas que entraban por sus puertas, y ese cabalmente era el lance que mas debia resaltar en la obra. Pero llegó Velazquez, el gran Velazquez, ¿y qué hizo? afrontó las dificultades, no huyó del asunto, hermanó la verdad con la poesia (que no son tan contrarias como el vulgo piensa), *retrató* el triunfo de los españoles, y ofreció á la eterna admiracion del mundo el *cuadro de las lanzas.* »

« Una cosa parecida intento hacer (y perdonen ustedes que por intenciones ni deseos á nadie se condena); de modo que borrando en mi poema los nombres propios de sitios y personajes, cualquiera que haya saludado la historia de la guerra de nuestra independencia, pueda, como disfrazado en Carnaval, exclamar al ver mis sacrificados versos: « Te conozco, te conozco. Tú eres la hermosa menospreciada, la envidiable verdadera, la clara, la ilustre, la memorable, la nunca bastantemente celebrada victoria de Bailén. » Y lea, y aproveche la leccion que le enseña cuánto alcanzan en nuestra patria la fe que vivifica, la justicia que anima, la perseverancia que consigue, el valor que no decae, el entusiasmo que no mengua, los descalabros que no abaten, y las proezas y virtudes que á nuestros padres inmortalizaron en tan venturosa jornada. ¡Honor sin fin cumplido á la Real Academia Española, que entrega el mas digno asunto á nuestros vates! Yo siervo de los siervos de todos ellos, voy á poner en egecucion el plan que acabo de trazaros, amigos mios, y entiendo que el *ánfora* comienza á fabricarse; mas si rodando el torno, saliese un jarrillo jorobado, me consolará que en lo difícil el intentarlo es hazaña. » —

—«Pues manos á la obra, querido mio (repuso uno de los interlocutores). Si con la misma felicidad que ha hecho usted la traza levanta su edificio, le aseguro que saltarán de júbilo, mal año para Vaca de Guzman, y Forner, los manes de los dos Moratines; y dará asunto para que la Academia ofrezca enguirnaldada una obra que arrebate el comun alimento al polvo y las telarañas. A combatir: cabalgue usted con denuedo, alta la frente, la lanza en ristre, seguro en los estribos, el continente sereno y reposado; y éntrese por la estacada, que al verle, si están entre los jueces del campo (y lástima será que no lo estén), yo sé que han de aplaudirle y proclamarle por suyo, y decorarle con el premio de las justas el gran Quintana, y el palaciano Gallego, y los príncipes de nuestros dramáticos Hartzenbusch y Breton, y el magestuoso Gil de Zárate, y el sabio cuanto modesto Duran, y el melífluo Martinez de la Rosa, y el erudito Pidal, y el ingenioso duque de Rivas, y Olivan, y Molins, y Alcalá Galiano, y Valdegamas, y Mora, y Seoane; sin que á usted asuste que allí pueda levantar la cabeza *el antiguo legislador que llaman vulgo*, como dijo Cervantes.»—

—«Callen ustedes por Dios, entusiastas ridículos (exclamó un viejo experimentado, sobre cuya nariz posaban unas enormes antiparras al uso del gran Quevedo): y usted, señor poeta, escuche saludable consejo. Reserve todo ese bizcocho para emprender navegacion mas segura; deje de habérselas con el triunfador de Bailén, á quien en fuerza de ver todos los dias encorvado bajo el peso de los años y los laureles, no rendimos ya la admiracion que usted le consagra; busque, para interesarnos, apartadas regiones que la imaginacion engalane, costumbres que la atencion sorprendan, y personajes que abulte la fantasía; descártese de Napoleon, que

no faltará quien lo tenga por muestra de talento, y no se acuerde jamas de la sublime sencillez que recomendó el lírico del Lacio. Y si usted se empeña en cantar á Bailén, comience cantando lo que más á cuento le venga, las tres ánades madre, la batalla de las Termópilas, el nudo gordiano, el paso del Rubicon, el sol, el viento, la primavera, el estío, la noche y la alborada; y con esto entra usted por su pié en la aurora de Bailén, que fue la del 19 de julio de 1808. Prosiga asentando que en tal mes hace mucho calor (y ya con esto, y de aquí adelante el lector tendrále por hombre puntual y verdadero): que cuando hace mucho calor, un traguito de agua clara es por extremo cosa deleitable; confírmelo usted con un pastorcico que va en la siesta ardorosa á buscar el arroyuelo transparente: haga que este pastorcico sea andaluz, y nacido en la Carolina, ó en el mismo Bailén, y que recuerde la batalla (¿quién no verá aquí la mas feliz imitacion del *Pastor quum traheret?)* y exclame, y suspire, y entre los lloramicos y gemidicos filosofe por entre las breñas; que malo ha de ser que con tales filosofías y escarceos falte mucho para los 500 versos, y cate usted á Periquito hecho fraile. No se olvide de ingerir en el discurso una buena sarta de resonantes voces griegas, y otra gordal de morunas, con su poco de crinito; y no se duerma en estopas: busque buenas espaldas, muestre fácil górra y afable rostro; que en resolucion, todo lo que esto no sea, será andarse por las ramas.» —

Causó desabrimiento á algunos el disparatorio del viejo; riéronse los más, y despidiéndonos entre corteses y galanas salutaciones, no sucedió otra cosa fuera de irse cada mochuelo á su olivo.

Pues en el mio reposando, no trascurrió instante sin que recordara con gusto y admiracion el plan tan inge-

nuamente expuesto por el diáfano poetilla, á quien oí mudo como una tapia; y tanto dí en ello, y tanto me mordí las uñas, que el diablo que no duerme, de tentacion en tentacion me llevó á la última de las octavas que vas á juzgar, oh lector benévolo, y en las que has de notar cuánto y de qué manera héme aprovechado de la conversacion que sabes. El recelo, sin embargo, de haber estropeado un pensamiento hermoso, el desconfiar de todos los frutos de mi pobre ingenio, y la conciencia de aquella supercheria, plagio ú escamoteo, retragéronme de llevar mi obra á la Real Academia Española, y mucho más de consentir que corriese á Dios y á la ventura, ni manuscrita ni de molde como hoy te la presento. Mas ¿quién pudo ufanarse de haber logrado atar todos los cabos? Del bosque sale quien le despoja. Mi escribiente, gran camarada y amigo del vate de marras, vendióme sin malicia; y de nuestro poeta recibí ántes de ayer muy temprano una afectuosísima epístola, dándome los mayores parabienes por mis versos, y prodigándoles piropos andaluces: confiesa con una amabilidad encantadora, que tambien él se decidió á romper lanzas en el palenque poético, y borrajeó un poema tan *invita Minerva*, que los jueces se convirtieron en siete durmientes á las primeras de cambio: duélese y afligese por extremo de que no entrasen en liza mis octavas; desconcierta mis escrúpulos, serena mi espíritu, y con las frases mas galanas me ruega, y con los más fuertes conjuros me manda que saque del limbo de mis borrones á la gloria de los que mejor lo saben decir y hacer, este mi *canto épico*, engalanándolo por epígrafe con los versos de Virgilio y Propercio que él hubo de poner á su composicion, á fin de que de esta manera vaya siempre la soga tras el caldero. Por último, gallardamente me aconseja, viendo arrebatada por la fortuna mi gloria de entrar en el certámen, que

aproveche la ocasion de rendir homenage cumplido á la Real Academia Española, ofreciendo, dedicando y consagrándole el humilde fruto de mi mejor deseo; pues allí debe encontrar simpatías y ser recibido con benevolencia, como todo lo noble, lo cortes, lo generoso y delicado.

Si el buen dia y el buen consejo deben meterse en casa, ahora sí que no me toca sino cerrar los ojos, aceptar uno tan cuerdo; y pedirte, oh muy benigno lector, indulgencia por el desabrimiento que te habré causado con tan indigesta prosa. VALE.

INTRODUCCION.

Tum demum movet arma leo: gaudetque comantes
Excutiens cervice toros.

VIRG. ÆNEID. LIB. XII.

Hei mihi! quod nostro est parvus in ore sonus;
Sed tamen exiguo quodumque è pectore rivi
Fluxerit, hoc patriae serviat omne meae.

PROP. LIB. IV. ELEG. I.

LA VICTORIA DE BAILEN.

INTRODUCCION.

I.

Turbáronse los pueblos, como suele
Turbarse el dia cuando se alza el noto,
Y no hay de su rigor quien se abroquele
Tras firme risco ni en guardado coto.
Y cual la nube que de lo alto impele
Contra el monte granizo y contra el soto,
Así el ángel del mal su ardiente copa
Va derramando en la oprimida Europa.

II.

Crece en linfas de sangre raudo el Sena,
El Tíber ve en el fango la tiära,
Eco de tempestad retumba en Jena,
Y el Rhin su curso amedrentado para.
¿Tú tambien, padre Tajo? ¿Quién tu arena
Revuelve con tumulto y algazara?
¡Señor, Señor! tu azote así dispones
El vicio á castigar de las naciones.

III.

Todas prevaricaron. De alta cumbre
Cual sin pastores confundidas greyes,
Desbándase rebelde muchedumbre,
El freno roto de tus sacras leyes:
Mas detienes tú el rayo en servidumbre,
Y cegando la mente de los reyes,
—«Pueblos vivid sin mí»—dices, y lanzas
Al mundo la mayor de tus venganzas.

IV.

¡Ay! ved cuál se derrumban al momento
Con súbito fragor sacros pilares,
Y el humo del cañon enturbia el viento,
Incienso digno á impúdicos altares.
Saltan de cuajo con rigor violento
Impulsados los tronos seculares,
Y un mar de confusion lleva en sus olas
Cetros y fajas, báculos y estolas.

V.

¡Oh! no abandones á la patria mia.
Gran Dios, sé justiciero; mas propicio:
Que ella en la fe no ha de cejar impía,
Aunque hoy se aduerma en el sitial del vicio.
Muéstrale tú de rectitud la vía;
No dejará de culpa negro indicio:
Un amago, Señor: verásla en breve
Nítida como el ampo de la nieve.

VI.

¿Quién podrá derrocar nacion que asienta
Sobre los montes de Siön la base?
Rugirá por dó quier ronca tormenta,
Y arrostraréla inmoble hasta que pase.
Si espíritu de males la amedrenta,
Dejad que corra, trunque, tale, abrase:
Dios el crisol envia; el oro es ella:
Vedla reaparecer más pura y bella.

VII.

Tal reaparece de fulgor vestida,
De ópalo el manto descogiendo y grana,
Perlas vertiendo y derramando vida
Por encendido oriente la mañana:
Cédele el paso en actitud rendida
La estrella más brillante y más galana:
Ni el perezoso Arturo la resiste,
Y parece exclamar: —«Huyo: venciste.»—

VIII.

Mi patria así tambien. ¡ España, España !
¿ Quién celebrar podrá con digno canto
El resplandor de gloria que te baña
Al ceñirte en Bailén de lauro tanto?
Corra mi voz del Indo á Lusitaña :
Triunfa otra vez la que triunfó en Lepanto.
Terribles enemigos la invadieron :
Se armó, y temblaron ; combatió, y cayeron.

IX.

Musa, que diste á Herrera y diste á Ercilla
Altos sonidos en clarines de oro,
Y el idioma elevaste de Castilla
Una vez y otra á cántico sonoro ;
Tú, que eres poderosa á maravilla
Para inflamar el estro, ven ; te imploro :
Con tu augusto favor los aires rompa
En honor de Bailén épica trompa.

X.

¡ Oh Isabel, que con flores de tu mano
Del Pindo adornas la difícil senda !
La gratitud del trovador hispano
Será en tu solio perdurable ofrenda.
¡ Ojalá que del cielo soberano
Dicha sin fin sobre tu amor descienda !
¡ Reina ! atiende á mi voz : yo te saludo
Antes de dar principio al canto rudo.

XI.

Y á tí tambien, ilustre guardadora
De los fueros y galas del lenguaje,
Por quien el habla ibérica sonora
Aun resuena en dos mundos sin ultraje;
Academia Real, á tí es deudora
Toda péñola hispana de homenaje:
La mia te lo rinde. En tanto escuha
Cómo triunfó la patria en fiera lucha.

LA VICTORIA DE BAILEN.

CANTO ÉPICO.

LA VICTORIA DE BAILEN.

CANTO ÉPICO.

I.

—«Toma ; domina : aclámete esa hueste
Rey del mundo.»— La crencha desrizada,
Lívido el rostro, la amarilla veste
Revuelta, la sandalia ensangrentada,
La Ambicion dijo ; y con desden agreste
Lanzó á los pies de un déspota su espada.
Él empuñóla, y en su mente inquieta
Ya á lid campal al universo reta.

II.

Como incendio que prende en selva añosa,
Encinas y lentiscos avasalla,
Y al éter agitado enviar osa
Llamas trisulcas de espantable talla;
O como rayo que á la tierra acosa
Al punto mismo en que la nube estalla,
Así Napoleon, aquel acero
Empuñando de horrores mensagero.

III.

Del mismo sol la resguardada cuna
Temió su empuje que el Egipto siente,
Al ver que á las pirámides aduna
Otra en despojos del rendido oriente.
Al ocaso los Alpes en la bruna
Espalda sufren la invasora gente,
Y exclaman al mirarla entre sus ramos:
—«Tú y Aníbal no mas: te lo juramos.»—

IV.

Y cien pueblos y cien do quier debela,
Clavando en ellos la ominosa vista;
Y el águila imperial vuela y revuela,
Cetros quebrando en rápida conquista:
Entónces el orgullo le desvela,
Prorumpe audaz:—«¿Habrá quien me resista?»—
Y una voz de Pirene en la montaña
Le estremeció gritando: —«Aun vive España!»—

V.

Tornó el guerrero hácia la mar de Atlante
Súbito el rostro, cual leon temido
Revuélvese con furia en el instante
Que insecto zumbador lo deja herido.
¡Qué es lo que vió! con letras de diamante
De Iberia el nombre en ráfaga esculpido,
Del mismo sol poniente descendia.
—«¡Oh joya! (exclamó al punto) serás mia.»—

VI.

Y fué á esgrímir la victoriosa espada,
Mas detiénese al punto hosco y avaro;
Que por su mente, con la diestra armada,
Cruzan mil sombras en tumulto raro.
Numancia, Astúrias, Lérida, Granada,
Pelayo, el Cid, Guzman, Paredes, Haro:
Cien pueblos llegó á ver, cien campeones
Fiando al aura indómitos pendones.

VII.

—«¿Será (repuso, y escondió el acero
Que un tanto despojado de la rica
Vaina á lucir llegó), será el ibero
Tan valeroso cual su historia indica?
¿Por qué me inquieta su mirar severo?
Pavía esfuerzo hispano aun testifica;
Mas ¡qué!; no agora causaráme daño:
Fuera la espada; triunfará el amaño.»—

VIII.

¡Negro baldon! El que llevó su gloria
En carro ebúrneo del ocaso al orto,
En pos encadenada la victoria,
El orbe prosternado ante él y absorto,
Hoy su claro blason cubre de escoria
Desde el pérsico mar al mar de Oporto.
¡El águila no ha osado frente á frente
Resistir de mi patria el sol fulgente!

IX.

¡Ay del suelo español; que ya lo inunda,
Como langosta que los campos tala,
Multitud de guerreros furibunda
Que á los astros en número se iguala!
¡Ay que en la oliva de la paz fecunda
El sable esconde y la homicida bala!
¡Ay que en su porte y su mirar contemplo
De la púnica fe segundo ejemplo!

X.

Ya Murat y ominosos adalides
Depusieron la máscara traidora:
¡Sin ser vencida en generosas lides
Mi noble patria encadenada llora!
¿Quién ha domado al prepotente Alcídes?
¿Quién ha vuelto en esclava á la señora?
La reina de ambos mundos ¿ni su anhelo
Podrá en su idioma remitir al cielo?

XI.

¿Y habrá de ver sus vírgenes preciadas
Por extraño soldado requeridas,
Sus augustas basílicas manchadas
Y en hediondos establos convertidas,
Sus campiñas fructíferas robadas,
Sus próceres perdiendo ilustres vidas,
Sus hijuelos sin padre á dueños pravos
Deber transidos la racion de esclavos?

XII.

¡Nunca! ¡Jamas, jamas! ¿No veis cual arde
Noble furor en su radiosa frente?
Va á levantarse : levantóse : alarde
Hizo ya altivo del valor que siente.
¡Gloria, Daoiz, á tí ; y á tí, oh Velarde!
¿Dó están los hierros del leon rugiente?
Rotos los ved en la revuelta arena,
Y él sacude, ya libre, su melena.

XIII.

¡Oh, cuál retumba plácido en mi oido,
Hinche el espacio y al frances aterra
Su prepotente vencedor rugido,
«Guerra» al tirano repitiendo y «guerra!»
Vuelven tronando el eco enardecido
Cañada y valle, robledal y sierra.
¡Eco feliz! eterno te hizo luego
La musa de Quintana y de Gallego.

XIV.

¿No lo escuchais? El tembloroso anciano,
El niño audaz, el indomable mozo,
El señor, el magnate, el artesano
«¡Guerra!» conclaman, como voz de gozo.
«¡Guerra!» dice al blandir hierro inhumano
La viuda madre, y sin letal sollozo
«¡Guerra!» la amante vírgen, «¡guerra!» grita,
Y «¡guerra!» el fervoroso cenobita.

XV.

El no ofensivo agricultor convierte
La humilde esteva y el arado corvo
En instrumentos de horfandad y muerte,
La paz creyendo á su ventura estorbo.
Retiembla herido el yunque con el fuerte
Golpe del forjador membrudo y torvo,
Y el bronce rimbombante descendido
Tal vez del alminar, fué obus temido.

XVI.

Ni en tercios ordenados va dispuesta
La noble tropa con marcial decoro,
Ni altivos brillan en cimera enhiesta
Múltiplos en color airones de oro:
Armas, no galas, en su arrojo apresta
El español, y, como herido toro,
Desdeñando preseas y atavios,
No mas ostenta que tremendos brios.

XVII.

No de prudencia ó de razon consejo
Diólos tan altos á la España toda :
Solo tres nombres de sin par reflejo
Resucitaron la pujanza goda.
¡LEY, PATRIA Y REY! sobre pendon bermejo
Son el emblema que á su fe acomoda,
Y á pueblos, y á ciudades, y en un dia,
Infunde incontrastable valentía.

XVIII.

¡LEY, PATRIA Y REY! cual fragoroso trueno
Voz que el oido del raptor azota,
Ver recelando de ventura ageno
Su clámide imperial en trizas rota.
«Traidores» fué á llamarnos ; y en su seno
Hierve la indignacion, su aliento embota ;
Y ordena á sus satélites traidores
Alarde hacer de bárbaros rigores.

XIX.

Corren al punto con feral denuedo
Ejércitos y ejércitos capaces
De dar al mismo infierno espanto y miedo
Con el amago de sañudas haces.
Pajiza mies, riquísimo viñedo
De innúmeros trotones y voraces
Son pasto, y de sus dueños no hay seguro
Mísero ajuar ni entapizado muro.

XX.

Asi van las intrépidas falanges
Provincias y provincias devastando,
El oro puro que envidiara el Gánges
A los rics ibéricos robando.
No sigas los terríficos alfanges
Aqui y allá, ni su rigor infando :
Musa, al Guadalquivir. Alli te llama
Con trompa augusta la parlera fama.

XXI.

Confin del andaluz es la alta sierra
Cuyo nombre la historia ensalza y glosa,
Y cuyo nombre eternizó en la tierra
De ingenio el más feliz fábula hermosa ;
Que allí Cervantes á su Andante encierra,
Y allí se ven las Navas de Tolosa.
¿Cuándo ficcion más bella, ó cierta hazaña
Tanto ennoblecerán otra montaña?

XXII.

Era la fin de mayo : descendia
Lluvia de flores de la azul esfera
(Jamas al orbe se mostró tan pia
Ni pródiga en favor la primavera),
Cuando francesa multitud subia
Al arduo monte con sonrisa fiera,
Por capitan bravísimo guiada
Y á lidiar y vencer acostumbrada.

XXIII.

Este es Dupont : de un alazan bizarro,
En crin pomposo y diestro en escarceos,
Oprime el lomo con marcial desgarro,
Plumas, oro y diamantes por arreos.
De sus victorias al temible carro
El ruso y esclavon dieron trofeos :
Roca es su corazon , ancha la frente,
Negros los ojos, bravo el continente.

XXIV.

Sérica banda que su pecho cruza,
Lazos entrega al regalado aliento
Del aura, en tanto que al troton aguza
De áureo acicate avivador tormento.
No en tiempos de Tarif vió la andaluza
Tierra en huestes alárabes sin cuento,
Más brillo en albornoz ó capacete,
Pompa mayor, ni tan hostil ginete.

XXV.

Solícitos rodéanle y apuestos
Rubios garzones del inmenso bando,
A trasmitir cien órdenes dispuestos,
En impacientes brutos cabalgando.
Míranse en pos con formidables gestos
Los hijos de la Helvecia caminando :
Guíalos Preux; y como audaz torrente
Pannetier sigue con francesa gente.

XXVI.

Despues René y Gobert vibrando altivos
Las terribles espadas damasquinas.
¡Oh, cuánto en breve les serán nocivos
Sus fieros en las quiebras convecinas!
Buscando á la ambicion más incentivos,
Conducen por riquísimas colinas
Sus granaderos, que á la sien en torno
Llevan pieles ursinas por adorno.

XXVII.

Marinos de la guardia imperatoria
Vienen detras: ¿dó hallar quién los revuelva?
Parece que es mansion de la victoria
De sus fusiles la undulante selva.
¡Por veces tantas los cubrió de gloria
En las orillas del Danubio y Elba!
Fresia y Barbou los mandan, generales
Que en hados fueron y en valor iguales.

XXVIII.

Casco acerino, y áspera melena
Que de él desciende con pomposa traza,
De innúmeros ginetes la morena
Frente asegura y con pavor disfraza.
Lanza robusta de piedad agena,
Alfanje corvo y lúcida coraza
Muestran sobre perínclitos overos.
Privé comanda los dragones fieros.

XXIX.

Y al centro de los tercios se levanta,
Las alas nieve, la cabeza erguida,
Águila audaz, cuyo vislumbre espanta,
Sobre varal ebúrneo retenida.
Y á veces llega muchedumbre tanta
De brutos de Aranjuez, el homicida
Hueco bronce en el lomo, que parece
Que el monte por do cruzan desparece.

XXX.

¡Ay de tí, Andalucia! ¡Cuál desciende
La tropa ya de la riscosa altura,
Y hácia los llanos próvidos se extiende
Que el Bétis viste de eternal verdura!
¿Va á hacerte esclava hasta la mar, y allende
Dilatar su victoria? Acorre, apura
Tu pujanza: al combate, á la pelea;
Mas ¡cómo resistir! cayó Alcolea.

XXXI.

Huye revuelta con afan prolijo
No experta aun en la lid hispana gente...
Musa, perdon; si este momento elijo
Un suspiro á exhalar de amor ferviente.
¿Cómo negarlo al corazon de un hijo?
Mi padre fué despues aquel valiente
Que herido yace, y que con noble arrojo
Tambien tiene su acero en sangre rojo.

XXXII.

¡Padre, padre del alma! En mi memoria
Por siempre ha de vivir la tuya amada.
¡Ay cuántas veces te escuché la historia
Cabe el hogar de tan fatal jornada!
Hoy que ya habitas la superna gloria,
Vuelve hácia mí tu plácida mirada,
Y altos hechos recuérdame benigno :
Harás mi verso de la patria digno.

XXXIII.

Como hiena voraz cuyos rigores
Noble mastin con su cuidado excita,
Y aguzados los dientes matadores
Hácia abierto redil se precipita,
Así desde Alcolea sus rencores
Vuela á saciar la multitud precita
En Córdoba la insigne. ¡Instante aciago!
¡Dios mio! ¡ay cuánto horror! ¡ay cuánto estrago!

XXXIV.

Tened, tened, osados : ¡qué! ¿no basta
Sangre infantil, ni virginal desdoro?
¿Tan ciegos sois? ¿Vuestra ambicion tan vasta
Que no os sobre ya espléndido tesoro?
¿Soltó el abismo la infernal cerasta?
¿Quién roba altares y sagrarios de oro?
¡Sacrílegos! ya Dios vuestro delito
De las venganzas en el libro ha escrito.

XXXV.

¿No lo oyes, invasor? la voz del trueno
Te anuncia su llegada y tu destino.
El INVENCIBLE de pujanza lleno
Cabalga en poderoso torbellino.
Serás en su presencia como el heno
Del valle, como soplo repentino,
Eco perdido en la region vacía,
Ménos que sombra ante la luz del dia.

XXXVI.

¿No te ves de improviso circundado
De pueblo lidiador que ya te acosa?
Tras cada arbusto te hallará un soldado:
Instrumento es de Dios mi patria hermosa.
¡Y de Córdoba sales! Desdichado,
Que vas hácia las NAVAS DE TOLOSA.
¿Y cuándo? mira el sol, y ten la planta:
Mira ese sol; ¿lo ves? ¿y no te espanta?

XXXVII.

Pues hoy con su fulgor cubrió de luto
Del intrépido Agar la frente dura:
Hoy arrancó de lágrimas tributo
A aquel que á España encadenar procura.
Pero ¿qué á mí tus hados? Coge el fruto
De obstinacion y de codicia impura;
Miéntras veo castillos y leones
Ya relumbrando en ínclitos pendones.

XXXVIII.

Vienen del sur : con veterana tropa,
Tropa de inmenso pueblo remezclada ;
Si desigual en armamento y ropa,
Una en los brios de que llega armada ;
Sola en verter de indignacion la copa
En la europea arena esclavizada,
Sola que de amor patrio revestida
Tal vez al mundo á libertad convida.

XXXIX.

Mas ¡oh! ¿quién adelántase el primero
Al frente de las béticas legiones?
Alta fama de aliento vocinglero
No asustó con su nombre las naciones.
Libre de pluma el militar sombrero,
Sin bandas, sin trofeos, sin blasones,
Ansia hallar á Dupont, y no le asusta
Del lobo cordobes la frente adusta.

XL.

No es su estatura de feroz gigante,
Ni el mirar torvo, el ademan temido ;
No bruñida coraza, ni tajante
Acero á esclavizar apercibido
Ostenta el adalid : grato el semblante,
Noble la espada, el corazon ardido,
Corre á pugnar sin pérfidos amaños.
¡Oh! ¡salud veces mil! Ese es Castaños.

XLI.

De un corcel negro con primor domina
Los generosos ímpetus, y alienta
De este modo á la huesta peregrina
Que en pos le sigue de lidiar sedienta.
—«La cadena ó la palma está vecina :
»Eterna gloria, ó perdurable afrenta.»—
Dijo ; y contesta un grito en mil extremos :
—«Mártires nos verás, ó triunfarémos.»—

XLII.

Un eco al punto retumbó á lo largo
Del limpio Bétis y encumbrada sierra,
Eco al frances como cicuta amargo,
Repitiendo este cántico de guerra :
—«Ya dispertó de su infeliz letargo
»El leon de España, y la asombrada tierra
»Llenó de su rugir. Cantad, iberos :
»La muerte, ántes que el yugo de extrangeros.»—

XLIII.

Cada español un Cid ; en cada breña
Renacen ya Gonzalos y Guzmanes :
Nobles son todos so la hispana enseña,
Dignos de lauro y tiernos arrayanes.
Allí Reding, Soler, Coupigni, Peña,
Cruz, Juncar y mil otros capitanes :
Allí Saavedra, y Abadía ; todos
Émulos dignos de los brios godos.

XLIV.

Allí en filas de dóciles trotones
Vense á medio domar potros cerriles;
Allí togas, sayales y galones,
Trajes de guerra, y trajes pastoriles;
Allí estoques, y picas, y lanzones,
Venatorio arcabuz, dagas, fusiles;
Allí obus y cañon, bomba y metralla,
Pueblo y mílite ansiando la batalla.

XLV.

No tardará. Celando en ansia artera
El pérfido hasta Andújar se retrajo,
Y allí más hueste por auxilio espera
Que Vedel le conduce desde el Tajo.
¡Quiéralo, empero, Dios de otra manera! —
Ya ha volado Reding hácia el atajo
De la gran via: ya Gobert herido
Cayó en Mengíbar con mortal gemido.

XLVI.

Adelante, Reding: tu arrojo asombre.
Mira á Bailén. ¡Oh insólida trinchea!
Ni entre adarves hispánicos tu nombre
Con mínimo destello centellea,
Y acaso en breve en inmortal renombre
No envidiarás muralla iliönea,
Y será tu humildad enaltecida
Con susto de París la regicida.

XLVII.

Mientra en Bailén Reding cerraba el paso
A los refuerzos que Vedel comanda,
El sol hundió su disco en el ocaso
Vistiendo al monte luminosa banda.
Dupont busca en Andújar el escaso
Inquieto sueño en profanada holanda ;
Y en Córdoba Castaños se decide
A estrechar á Dupont, y el sueño mide.

XLVIII.

Es fama que detras del firmamento
Alcázares de luz como el sol pura
Son morada de espíritus sin cuento
Que al mundo bajan en la noche oscura.
Solícitos de Dios al mandamiento,
Traen al mortal desdichas ó ventura
Para su corazon ; que aun miéntras vive
Premio ó castigo por su obrar recibe.

XLIX.

Ellos son los que esparcen almas flores
En la cuna del huérfano que mueve
El labio cuando sueña que entre amores
Del seno maternal néctares bebe.
Ellos, los que al tirano aterradores
Áspides muestran ó gumía aleve.
Ellos, los que á doncella pudorosa
Diademas ciñen de inocente esposa.

L.

Ellos, los que enseñaron todo un mundo
Nuevo á Colon, y á Baltasar ruïna
Nunciaron con letrero tremebundo
Que el fausto del banquete contamina.
Ellos, los que á la mente del fecundo
Newton mostraron la *atraccion* divina:
Ellos, los que al fiel guian, y al malvado
Ciegan para que se hunda despeñado.

LI.

Tres de estos de la guerra el estandarte
De súbito revuelven con el ala,
Y en un destello del planeta Marte
Para bajar al mundo ven la escala.
No tan veloz desde la nube parte
El rayo, y por los ámbitos resbala,
Como los tres espíritus bajaron,
Y el alma en tres guerreros agitaron.

LII.

Siente al punto Dupont estremecido
Con nuevo recelar su pecho ardiente,
Y á encontrar el refuerzo apetecido
Mueve de Andújar la terrible gente.
Castaños con la suya le ha seguido
Por nuevo impulso que en el alma siente;
Y Reding en Bailén está á deshora
Apercibido, aunque la causa ignora.

LIII.

Así el querer del cielo se cumplia,
Cada cual segun él moviendo el paso.
Tal en el septentrion y mediodía
Vense esparcidas nubes por acaso
Extenderse, engrosar, y con sombría
Magestad invadir de oriente á ocaso,
Y do plugo al Señor unidas luego
Torrentes despedir, y piedra, y fuego.

LIV.

Era alta noche. Fugitiva en tanto,
Présaga de terror se hundió la luna;
El vigilante gallo con su canto
Aun los vecinos pagos no importuna,
Cuando las sombras y el nocturno espanto
Hiende falange altiva cual ninguna:
Al frente va Dupont, y el aura leve
No en su presencia á revolar se atreve.

LV.

De súbito una voz de aliento hispano
Rompe el silencio, y por los aires zumba
Gritando ¡atrás!, y ensordeciendo el llano
De monte en monte por do quier retumba.
La oyó el frances, y con furor insano
Remueve al punto la infernal balumba
De las rampantes águilas, y avanza
Ávido de pillaje y de matanza.

LVI.

Mil y mil truenos á la vez bramando
No igualan el estrépito improviso
Con que al punto cien bronces reventando
Pasman el turdetano paraïso.
No agrio clarin al uno y otro bando
De arremetida súbita dió aviso,
Y el polvo muerden ya de un bando y otro
Mílite y centurion, ginete y potro.

LVII.

Sierpe de fuego en la diezmada fila,
Que dispara á la vez, por un instante
Parece discurrir, y se asimila
En nublo horrendo á lampo fulgurante.
Hiende la oscuridad, rompe, aniquila
Al tiempo mismo el plomo sibilante
Que de tantos fusiles despedido
Lleva la muerte con feroz tronido.

LVIII.

Así en recio rumor de Mongibelo
Bulle en el corazon lava candente,
Que á deshora brotando amaga al cielo
Con luz siniestra y rebramar furente.
Retiembla en torno consternado el suelo,
Cuajan los rios su veloz corriente,
Cunde la confusion, reina el estrago,
Son risco y encinar flamante lago.

LIX.

Inmenso nubarron álzase y crece
De humo apretado y colosal figura,
Que ocultó las estrellas, y parece
Que ha vuelto al caos la celeste altura.
Mas ya cárdena tinta el aura ofrece :
¿Traerá esa luz la hispana desventura?
¡Oh instante! ¡oh ansiedad! ¡oh patria! ¡oh dia!
La *aurora de Bailén* aparecia.

LX.

¿No veis, no veis? Ni un ápice han cejado
Los ínclitos iberos : ni un momento
Pudo el galo avanzar. Está sembrado
El suelo de cadáveres sin cuento;
Brama el frances en cólera abrasado,
No pierde el español su altivo aliento;
Ya se han visto á la luz del alba hermosa :
Ya siguen con mas brio en lid furiosa.

LXI.

Corred hácia la izquierda, castellanos.
¡Oh, cuál blande Privé la dura lanza,
Y al frente de dragones inhumanos
Contra los tercios del Marques avanza!
Agora á la derecha : los tiranos
Agólpanse en el centro. Tu pujanza,
Reding insigne, presurosa acuda :
Vedle : ya hirió á Dupré con asta aguda.

LXII.

Tres veces revolvieron los trotones
Del domador del Elba, y tres un muro
Impenetrable hallaron en peones
Que el harpon del fusil presentan duro.
Tres veces remudáronse legiones
De acometida, y tres su aliento impuro
Cedió, dejando con terrible anhelo
Rios de sangre en el tremente suelo.

LXIII.

Y arrecia, y crece, y cunde la batalla;
Y al humo de la pólvora se ajunta
Niebla de polvo sin confin ni valla
Que por la esfera con horror despunta.
Y al sonante crugir de la metralla
Que los tercios más bravos descoyunta,
Únese en clamoreo tremebundo
Voz del que aun vive al ay del moribundo.

LXIV.

¡Señor, señor! ¿y seguirá indecisa
La horrenda lucha y el continuo estrago?
¿Por qué en los aires hoy no se divisa
Fulmínea espada y el corcel de Yago?
¿Do estás, *Hijo del trueno?* Acude aprisa,
Cual veces mil en que á tu solo amago
Libre la España fué de hierro impío.
Cual noble aun lídia; ¿y vesla con desvío?

LXV.

No, no : perdon. La musa arrebatada
Contémplate cruzando el firmamento
Volar al sol, y de su rayo armada
Alzar tu diestra y encender el viento.
Más que líbica arena retostada
Ya el campo es de Bailén. Dupont sediento,
Sudoroso, anhelante al punto mira
Mermar su esfuerzo en impotente ira.

LXVI.

No así el hispano : en búcaros de hielo
Las hijas de la Bética le ofrecen
De pura linfa celestial consuelo,
Y el entusiasmo por do quier acrecen.
Y aquí, y allá, sin miedo, sin recelo
Corren, vuelven, y van, y desparecen,
Y solo un nombre : ¡ PATRIA ! á su alma llega
En medio al retronar de la refriega.

LXVII.

¿Quién podrá contenerla? Ya lanzaba
El astro rey en el zenit subido
Las más ardientes flechas de su aljaba,
Y no cesa el mortífero alarido.
Sierpe letal que de pisar acaba
La planta del viagero inadvertido,
No se vuelve y revuelve más tremenda
Que Dupont ciego en la feroz contienda

LXVIII.

Sus próceres reune. «Aquí, valientes.
«¡ Viva el Emperador! ¡ Romped, y adentro!
¿Consentiréis perder los esplendentes
Laureles de Austerlitz?»— Grita; y al centro
Vuela de nuestras filas prepotentes,
Y treme el valle al furibundo encuentro.
¿Cuándo empuje mayor, ni tal violencia?
¿Dónde más invencible resistencia?

LXIX.

Vana la acometida, de ambos lados
Contémplanse con saña los guerreros
Apénas respirando, y levantados
Sobre el cañon igníferos mecheros.
Unos y otros coléricos y osados,
Unos y otros suspensos y altaneros.
Tan grande y poderosa es su fatiga,
Que á verse sin matarse los obliga.

LXX.

Sorpréndeles entónces resonando
De otro cañon el estampido seco
Que en Bailén se oye, y piérdese zumbando
De valle en valle hasta el espacio hueco.
Con la esperanza y el temor luchando
El galo y español tórnanse al eco;
Y cada cual ¡Vedel! ¡Castaños! clama,
Y otra vez el cañon de léjos brama.

LXXI.

¿Cuál será?... Ved: ¡Castaños!–¡Oh alta gloria!
El ángel de la cólera divina
Le precede, le sigue el de victoria :
Los ve el frances y su valor declina.
La pluma encoge el ave imperatoria
Por vez primera recelando ruina.
Ya su helvética tropa ¡baldon fiero!
Vuelve en su contra el alquilado acero.

LXXII.

Ya está herido Dupont ; ya sus magnates
Gimen ó espiran en la ardiente arena :
Ni siente su troton los acicates,
Rota junto al pretal bullente vena.
La hueste vencedora en cien combates
Teme, tiembla, se agita y desordena,
Y ante su jefe, con mortal congoja,
Sorda á recuerdos el fusil arroja.

LXXIII.

¿Dónde hallar salvacion? Cual tígre hircano,
Que preso en lazos su altivez humilla,
De un lado y otro amenazante alano
Viendo libre llegar de la trailla,
Asi Dupont. Con la sangrienta mano
La frente hiere y pálida megilla.
Clava en un asta nívea banderola,
Y del vencido la señal tremola.

LXXIV.

Tregua demanda, y tregua le concede
El español, que si con furia lidia,
En lo noble y humano á nadie cede:
Sépalo el mundo, escúchelo la envidia.
Soldado, no ante el riesgo retrocede;
Vencedor, no al vencido con perfidia
Su apoyo ofrece y su robado techo,
Valiente, y fiel, y sin rencor el pecho.

LXXV.

En tanto á decidir sobre el destino
Del águila tremenda hanse adunado
Jefes de aquí y allá, no en peregrino
Salon con parios mármoles labrado,
Sino en instable pabellon de lino,
El atambor por silla, por estrado
Rojiza arena, por brillante pompa
Lanza sin dueño y abollada trompa.

LXXVI.

¿Vísteis luego que el áfrico no brama,
Y apagándose va recia tormenta,
Cuán tétrico silencio se derrama,
Que el valle ocupa y la ansiedad aumenta?
¿Vísteis cercando semiextinta llama
Que ha dominado en bóveda opulenta,
Cuán silenciosa multitud asiste
Y admira con pavor el caso triste?

LXXVII.

Así en los campos de Bailén. Altiva
La hueste hispana, y mustia la del Sena,
Sus armas en callada expectativa
Ambas apoyan en la fusca arena:
Ni el viento mueve el hoja de la oliva,
Tan temblorosa si el cañon resuena.
Do ha un instante clamores y tronidos,
Ni aun se escuchan ya débiles gemidos.

LXXVIII.

Mas ¡cielos! cuán terrible gritería
Vuelve á turbar el adormido ambiente!
Alarma, enojo, indignacion, porfía,
Tropel confuso, multitud hirviente,
Rudo clarin, horrenda artillería,
Correr de potros, rebullir de gente......
Tened, por vuestro honor: ¿dónde el osado
Que la solemne tregua ha quebrantado?

LXXIX.

Llegó, llegó Vedel: mirad cuál arde
El español que de leal blasona,
Creyendo que el frances tornó cobarde
A los torpes amaños de Bayona.
Vedel, fuera tu espada: llegas tarde
Para arrancarnos la marcial corona;
Mas Dios te arrastra á que tu nombre aumente
Lauros de triunfo en la española gente.

LXXX.

Cede, cede tambien. ¡Cuál se levanta
En medio del consejo de guerreros
El ínclito Castaños! Ira santa
Revelan sus acentos justicieros.
—«Barbou, dice, y Dupont con su garganta
»Abonarán la fé de caballeros.
»¿No están en mi poder? ¡Ay si hora mismo
»No acatan con Vedel nuestro heroismo!»—

LXXXI.

Y acátanlo por fin. Dios con su dedo
Del caudillo frances desde la altura
Señaló el pecho: espíritu de miedo
Róbale al punto la genial bravura.
¿Dónde está su perínclito denuedo?
Los cálices de Córdoba ya apura.
¿Brindó con ellos tu impiedad? ¡Oh triste!
¿Cómo á Dios y á mi pueblo te atreviste?

LXXXII.

Lampo su orgullo fué, patria querida.
¿No oyes el VICTOR que arrebata el aura?
¿No ves tu noble enseña bendecida
Cómo su gualda y carmesí restaura?
¡Oh, y quién tuviera el arpa enaltecida
De Klopstock, Milton y el cantor de Laura
Para decir en lenguas diferentes
La fausta nueva á las remotas gentes!

LXXXIII.

Ved, ved á los temidos campeones
Que desquiciaron con furor la tierra.
¿Y son esos? Venid, corred, naciones,
Que el nombre de Bailén ya los aterra.
Bailén los vió, cual recios aquilones,
Omnipotentes en revuelta guerra;
Sus tercios como fuego relucian:
Pasó, volvió á mirar, y no existian.

LXXXIV.

Fiaron en corceles voladores,
En casco de zafiro y de diamante,
En fúlgidos aceros matadores,
Preñado obus y lanza fulminante.
Y cayeron los duros invasores,
Como en el mar peñasco honditronante.
España fió en Dios, y ha confundido
Al fuerte, al vencedor, al no vencido.

LXXXV.

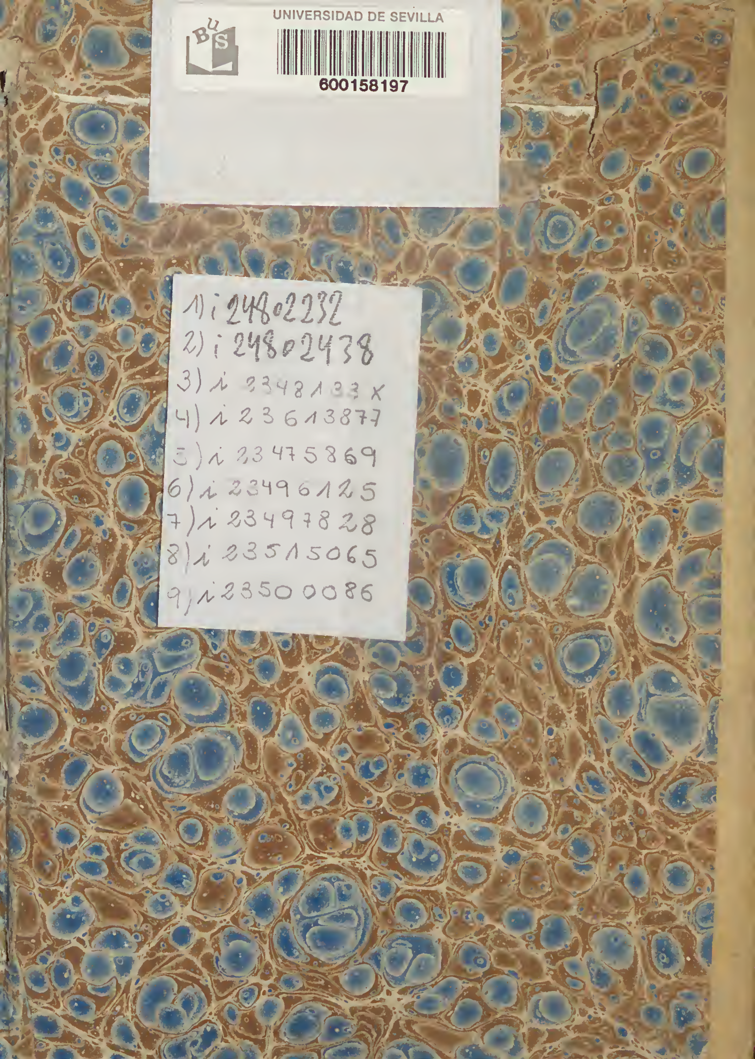
Ángel que á llevar nuevas se apresura
De dicha y libertad á los mortales,
Que batiendo alas de oro la ventura
Anunció de Belem en los portales,
Que mostró á Constantino enseña pura,
Tiranicida, entre auras celestiales,
Es quien de ocaso hasta la rubia aurora
El nombre de Bailén repite ahora.

LXXXVI.

—«Ley Patria y rey : ¡ emblema sacrosanto!
(Clamando va el espíritu divino.)
» Por él España coronó de espanto
» Al opresor con turbio remolino.
» ¡ Reyes, príncipes, pueblos! el quebranto
»Desechad, y al combate : ya previno
»Bailén el hierro en magestad serena
»Que ha de abrir un sepulcro en Santa Elena.»—

FIN.




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BUS
600158197
1) i 24802232
2) i 24802438
3) i 2348133 X
4) i 23613877
5) i 23475869
6) i 23496125
7) i 23497828
8) i 23515065
9) i 23500086